

La nada del agua nada



 *Arturo García Fernández*

*Lo escrito dice cosas de mí que no fui capaz de
reconocer en el momento en que lo escribía.*

Lucía Berlín

Índice

Duermevela	6	Sombra de Salvago	52
Papiroflexia	7	Knockin' On Heaven's Door	53
Alguien	9	Cajón desastre	54
José	10	Inventario	56
Pablo	12	Tu yo	57
Jonás	14	Ventana del poeta roedor	58
Bruno	17	Tautograma	60
Los Arana	21	Resonancia	61
Tania	29	Hojarasca	62
Fábula	33	Claro de reloj	63
Aroma de luz	35	Correo	64
Transmisión	37	Tankas I, II y III	65
Aquí hay gato encerrado	38	Postal	68
Escalofrío	39	Haikus 1, 2 y 3	69
Carta	40	Estereofonías	72
Tos	41	Ripios a la metáfora	73
Requiem	42	despropósito de enmienda	74
Cenizas en lugar de llamas	44	Fabián	75
Apunte sin título	45	Inseparables	76
Azar raza	47	Eternidad	77
Elegía	49	Arrebol	78
Albor	50	Billete de ida	79
Yo, Tú, Él	51		

Duermevela

La noche replegó las esquinas. El despertar las desdobló en imágenes. Por la playa, Aquiles arrastra la cabeza de Héctor. Castillos de arena esparcidos por las olas. En su carro de fuego, Elías cruza el amanecer.

Resuena la caracola. Está sin estrenar la voz ronca de andar descalzo.

A este libro se le caen las letras. La imparable brisa estremece páginas en blanco. En un final que es el principio, resuena aquél párrafo leído en la vigilia:

“Yo no soy viejo todavía pero como si lo fuera porque ya no soy joven. Hay quien nace para joven y quien para viejo. Yo confieso que soy de estos últimos”.

Papiroflexia

Aquella mirada bajo la visera
escudriña el navegar
del barco de papel
por el estanque del parque.
En un costado de proa
se leía *El Kapitán*.

Busca una isla
con un palacio de cristal
por dónde las aguas
son de un gris metal.

Aquel niño que juega solo
hace un mes pasó la gripe.
Su madre le trajo
cartulina para plegar

por la mitad del folio
por la mitad y deshacer
hacia el centro
hacia arriba
las esquinas hacia atrás
abrir por la mitad hacia afuera
hacia arriba y por detrás
tirar desde las esquinas y
el barco de papel
papiroflexeado está.

Mientras contaba los días
que ha de tardar en sanar,
eligió el Playmobil de la espada
y lo nombró *Kapitán*.

Arde su mirada en fiebre
bajo la venda con hielo
la fría penumbra le encubre
de la cruel claridad.

Pronto dormido estará.

En el sueño navegó
por frías aguas de metal
hasta su palacio,
con torreones de cristal.

Alguien

La tormenta arreciaba. Casi sin tregua, la cubierta era barrida por las olas. El capitán gritó: ¡Arriad el foque! ¡Atención al bauprés! ¡Fijar los obenques! ¡Soltar escotas!

Ancladas al vendaval, las voces no parecían humanas. Entre gritos y blasfemias alguien reclamaba: ¡un diccionario, diccionarioooo! Cuando un golpe de mar volcó el velero, apenas le dio tiempo a ponerse el chaleco.

La corriente lo arrastró hasta una isla desconocida. En un baúl varado en la orilla apareció el maldito diccionario.

Quedó absorto ligando sus voces:

Flotar Navegar *Barco* Lona Viento *Vela* Barco Vela *Velero*.

Arar Sembrar *Tierra* Olas Sal *Mar* Tierra Mar *Isla*.

Hablar Tener *Palabra* Letra Página *Libro* Palabra Libro *Diccionario*.

Se percató de que velero e isla eran pasado y presente. Diccionario, su futuro.

Más pronto que tarde en él sería una voz. Al fin Alguien.

José

Regresa por una acera mal iluminada a casa. Lo acompañan su pensamiento y el eco de sus pasos. Reconoce con las gastadas suelas de sus zapatos las baldosas. Al fondo resplandece el escaparate de un bazar chino repleto de parpadeantes guirnaldas navideñas y da a su portal justo al lado, un aspecto más sombrío que de costumbre.

Se detiene ante él. Su rostro reflejado tiene la belleza de quien ha envejecido honradamente. Su mirada viaja por mundos en miniatura cubiertos de nieve dentro de bolas de cristal, ahora tempestades detenidas.

Hace solo unos meses escuchó los primeros lloros de su nieta y tiene pendiente un regalo para ella. Su dinero siempre lo tuvo tasado. Él, un emigrante adolescente de maleta ligera con poco más que una muda. Se había perdido la infancia de sus hijos y estaba habituado a que lo suyo le fuera ajeno. Escudriñaba las miniaturas que encerraban aquellas pequeñas esferas. Cuando reparó en una que solo contenía nieve, supo que era la suya. Un tesoro de pequeñas y reconocibles joyas de agua y frío.

Había bebido, como lo hacía a menudo en los últimos meses. Fue tan repentino lo de María. De vez en cuando aún reconocía su voz, en el eco de la ausencia. No podía evitar sentirse mal cuando escuchaba al conocido de turno ¡Tu nieta te ha llegado en el mejor momento! Pues su mujer no había llegado a conocerla.

Después de varios intentos dio con el giro de la llave para abrir la puerta. Intentó cerrar sus huecos nocturnos encendiendo la televisión, sabía que se dormiría antes de terminar el Telediario. Sobre el desvencijado sofá despertó con destellos de nieve digital, entre murmullos de un río desbordado. Sentía frío, apagó el aparato.

Acertó a ponerse el pijama para acostarse en su mitad de la cama; sin escuchar a su costado los rumores de hilo que ya nunca regresarían.

La luminosa mañana barrió las luces navideñas del escaparate. Cuando tuvo en la palma de mano la bola de cristal, no dudó: era el regalo perfecto. Al invertirla, nevió bajo el tímido sol. Se hacía tarde y su hijo le había invitado a comer. Después jugaría una partida de petanca.

Ni siquiera quiso que envolvieran su regalo, la guardó en la bolsa.

“Cuatro bolas, tres de acero y una de cristal de nieve”.

En casa de su hijo el bebé aún dormía en la habitación de sus padres. Ocupaba únicamente un serón; cuando se la pusieron en el regazo la contempló embobado, y entre arrumacos le presentó la magia de la nieve dentro de la bola. La mirada de su nieta siguió por unos instantes aquellos diminutos copos; después escuchó un reproche “demasiado pequeña –decía su nuera– para entenderlo”.

De nuevo cuatro bolas en la bolsa: una con alma.

En el parque le esperaban para la partida... ¡Enhorabuena por tu nieta..! A José le correspondía lanzar y así lo hizo. Mientras seguía la trayectoria, una gota de luz brilló en el cristal y cuando la bola impactó en el suelo se hizo añicos.

Los copos aprisionados flotaban en el aire.

Sus compañeros de juego –atónitos– parecían escuchar cómo nevaba.

Pablo

Antonio esa mañana había salido sin su amigo, y no daba crédito a lo que veía: la bicicleta de Pablo estaba en lo más hondo del barranco. La *mountain bike* del verano pasado.

No lo encontró en la plaza donde se citaba con los veraneantes.

Antonio pedaleó por el polvoriento camino en la bicicleta del panadero, que había heredado cuando llegó a los pedales.

Le alertaron las rodadas que salían del camino. Descendió utilizando las piedras planas como un tobogán, hasta la bicicleta. Allí encontró también el casco de su amigo. Poco más allá, las lagartijas se arqueaban a la sombra de una lavadora oxidada y las bisagras desorientadas de una nevera competían con el canto de los grillos.

Por detrás de unos rastros amarillos, la chata torre de la iglesia, lo vio pasar inclinado sobre el manillar. Los cables del tendido de la luz zumbaban como abejorros. En los postes estaban clavadas unas placas de hojalata con una calavera.

Al entrar en el pueblo, se encontró con el Constructor, bajo un chopo frente al palomar de la tía: ¿Dónde va el estudiante? ¿Qué se yo! Lejos. ¿Dónde dejaste a Pablo? ¡No lo sé! ¿Se te ofrece algo? Nada, Julián.

Llegó hasta los columpios y encontró al resto de la pandilla, que en diálogo silencioso tecleaban sus móviles. Pablo tampoco estaba allí. Los vencejos rayaban el aire. Las agujas del reloj en la torre apuntaban a lo más alto.

Pedaleó con fuerza hacia la piscina de las afueras. Ni siquiera aparcó la bicicleta, desde fuera de la valla escudriñó entre los bañistas. No vio a Pablo pero sí estaba ella, riendo rodeada de veraneantes. Lo saludó desde lejos, y el sol impidió que se notara cómo enrojecía.

Regresó por la ribera. Los pescadores de carpas estaban allí, pero ni rastro de su amigo.

Su desaforado pedalear hizo que un Municipal reparase en él: ¿Tú por aquí, Antonio? ¡Pablo ha desaparecido! ¿Cómo? ¿Dónde? ¡Parece que se despeñó! He visto su bicicleta y su casco en el fondo del barranco. Déjalo de mi cuenta... Vete a comer.

Dando un rodeo, Antonio pasó por delante de la casa donde veraneaba su amigo. Cuando enfiló la recta de los chalets, una reluciente *scooter* se le vino encima. Al cruzarse, reconoció el rostro de su amigo Pablo bajo un casco nuevo.

Dejó de escuchar el motor de la motocicleta y el polen de los álamos flotaba en la canícula del mediodía.

Jonás

El aire es de cristal. La luna, un ojo colgante y húmedo fuera de su órbita, ni siquiera quiere reflejarse sobre las remansadas aguas. Está de retirada. Ya alborea. Unos deshilachados jinetes cabalgan las nubes sobre un paisaje mutilado.

A un lado del barranco muros caídos, casas derruidas y peñas. Al otro un bosque talado por el fuego cobija restos de una arquitectura industrial que simula reverdecer.

Ni se ven ni se escuchan pájaros, quizá hayan huido. Sí se distingue, un poco más arriba de las ruinas, una casa cubierta por la hiedra. No se aprecian puertas ni ventanas y por su chimenea no sale humo. Delante de ella Jonás está sentado en una piedra, que es como otra cualquiera menos para quién no recordase tanto:

Las manos de su abuelo cuidaban los viñedos de uva blanca. Las fincas se dibujaban escalonadas y cercanas. En la vega, trigo, patatas y maíz. Los naranjos al pié del palomar y las higueras junto a las cuadras. Arriba, los cerezos se abrigaban bajo las rocas. Abajo, los avellanos acompañaban al arroyo hasta fundirse con el río. Todo guardaba un orden ancestral.

Fué un niño más, de los que jugaban los días de fiesta bajo la carpa de bombillas o en las escaleras de la iglesia. Al otro lado del río, nada más cruzar el puente.

No olvida a su abuelo, encaramado en la peña que tiene forma de caracol, maldiciendo la llegada de las obras para construir la presa. Ni tampoco a su padre, que trabajó en ella. Ni cómo las aguas retenidas terminaron por enterrar la vida de todos.

Estrépito de sirenas, en una época pautada por los accidentes, nada se detiene. El muro de la presa admite otro cuerpo que cruje. Son muertes encofradas, ataúdes de hormigón, solo los números de una particular guerra contra la naturaleza. Su madre en vilo. Oscuros sollozos del agua...

Tenía nueve años cuando los carteles proclamaban triunfalmente: “muro de setecientos mil metros cúbicos, ciento treinta y dos metros de altura”. Y vio cómo en los altos surgían pueblos de pálidas casas prefabricadas, para otro tiempo que comenzaba.

Asomado en la ventana con su primo en la casa de la vega, comprobaron cómo el agua llegaba a los cimientos. Después, más abajo, vieron desaparecer las gastadas barandillas del puente, más tarde lo hacía su propia huerta. Solo quedó el jardín delantero. Los tejados de pizarra de las casas de la vega parecían desiertas balsas, pero acababan siendo engullidas. Tiempo de imágenes fijas en continuo desvanecimiento.

A Jonás, durante la última noche que durmió junto a la familia, los pies no le entraban en calor y le pareció sentir que las sábanas tenían escamas. Soñó que entre los dedos le salían membranas mientras exploraba los secretos de su almohada.

Cuando lo buscaron para trasladarse al poblado habilitado en el alto, nadie pudo dar con él. Quedó allí, escondido en la casa cimera del pueblo anegado –solo– al borde del pantano, junto a aquellas aguas que no desembocan.

Hasta que la lluvia se ausentó y llegaron los silencios de la sequía, Jonás no pudo volver a contemplar su paisaje. Ahora ve las antiguas fincas cubiertas por un manto de reseco barro y reflejados en los charcos, como esqueletos, los árboles de su infancia.

La vida de todos está sepultada bajo la piel de un enorme saurio. Solo cuando la luna asoma al fondo del barranco, a través de un aire de cristal, se escucha un humano croar.